

Para acercarse á ella no necesitaba canoa.

Desde el buque podian oirle, y á sus voces dispuso el capitan que fuesen dos marineros en un bote á la orilla para ver lo que deseaba.

Mendez subió á él y fué conducido á bordo.

Allí presentó al capitan la órden que le habia dado Sagredo.

El capitan le admitió á bordo y despues de un felicísimo viaje, llegó á España.

Pronto volveremos á encontrarle.

Sigamos ahora á Fiesco, y veamos cómo llegó á su presencia el anciano Sagredo, que no tenia más que un deseo: salvar al almirante.

## Capítulo LXXVI.

Donde Fiesco representaba su papel á las mil maravillas.

Bartolomé Fiesco, con las dos canoas y los indios que las tripulaban, llegó á Santo Domingo. Con el objeto de empezar á desempeñar bien el papel que se habia propuesto representar cerca de Ovando, y con el de que el almirante pudiera tener noticia de su feliz llegada á la capital de la colonia, mandó á los indios que se volviesen con las canoas á la costa de la Jamáica.

Al primer español que encontró le suplicó se sirviera guiarle al palacio del gobernador, anunciándole que traia urgentes despachos para él.

Su llegada despertó gran curiosidad.

Todos deseaban saber de dónde procedia, porque no tenian noticia de que hubiera llegado ningun buque; y como él se presentaba embarcado en canoas

tripuladas por indios, presumieron que fuese algún naufrago, porque nadie podía imaginar que lo enviase el almirante.

Ovando, que procuraba, como hemos dicho ya, excusar sus torpezas, paliar su infame conducta con una apariencia de bondad, con una llaneza que mendiga popularidad, se apresuró á recibir al forastero que de aquella manera tan extraña llegaba á sus dominios.

Bartolomé no se desconcertó en presencia del gobernador.

—¿Qué deseais de mí?—le preguntó este.

—En primer lugar, lo que me dais,—contestó Fiesco;—para desempeñar cumplidamente la verdadera mision que me trae aquí, necesitaba un afectuoso recibimiento.

—Explicaos.

—Después de las palabras que acabo de pronunciar, vá á extrañaros mucho la mision oficial que he venido á desempeñar á Santo Domingo.

Y haciendo una breve pausa, prosiguió:

—A vos, señor, me envia con este pliego el almirante don Cristóbal Colón.

Este nombre resonó en el corazón de Ovando como un remordimiento.

—¿De parte de Colón venís á verme?—dijo, no pudiendo ocultar su sorpresa.

—Este pliego que tengo el honor de presentaros, es una prueba de ello.

—¿Luego vive?—dijo el gobernador.—¿Luego los rumores que han circulado aquí son falsos?

—Vive, en efecto,—contestó Fiesco;—y acá para entre los dos, permitidme este desahogo; ¡mas valiera que Dios hubiera dispuesto de él.

Ovando miró con extrañeza á Bartolomé.

—¿Hablais de esa manera de vuestro jefe?

—¡Hemos sufrido tanto por causa suya!..

—¿Y sin embargo le servís?

—Las apariencias engañan á veces.

—¿Qué misterio encierran vuestras palabras?

—¿Me permitis que os hable con sinceridad?

—No os lo permito, os lo mando.

—Pues bien; no forméis mala opinion de mí. La desesperacion es capaz de todo. Figuráos, señor, que después de un viaje felicísimo, después del descubrimiento de una de las islas más ricas que posee el Océano, al regresar á la madre patria cargados de tesoros, con la esperanza de honra y provecho, nos hemos visto obligados á permanecer muchos meses amarrados á la orilla de una isla, en donde sólo por fuerza hemos podido conseguir que nos den alimentos.

Figuráos los dias, las horas, los momentos que habremos pasado allí, devorando nuestro inmenso pesar, viendo morir nuestras más queridas ilusiones, no teniendo más porvenir que una muerte lenta, una agonía horrible... ¡Ah! Si comprendeis esto, disculpareis la resolucion que he tomado al fingir al almirante que era capaz de arrostrarlo todo con tal de venir aquí para pedir os auxilio en su nombre.

—¿Y no es este el objeto de vuestra venida? ¿No me anuncia este pliego que dé crédito á vuestras pa-

labras, que considere como pintada por el mismo almirante la situación en que se halla, y que según os ha mandado debéis describirme?

— Así parece; Dios me ha dado algún ingenio más que á mis compañeros, y al ver que nada consiguió un emisario que envió el almirante, nos pareció que no teníamos esperanza alguna. «De morir aquí,— me dije,— á morir en el mar, prefiero aquella muerte desastrosa, y si no muero llegaré á Santo Domingo, y allí al ménos encontraré socorro. No seré rico, pero viviré.»

— ¿Luego habeis cometido una felonía?

— Censuradme, castigadme si quereis, todo lo merezco; pero prefiero los castigos que me impongais á la vida que he hecho durante tantos meses, que era lo mismo que respirar en una caldera. Aquí me teneis; la situación del almirante y la de todos los que le acompañan es verdaderamente angustiosa. De tal manera los dejé, que es muy posible que á estas fechas no hayan podido resistir el hambre, la sed, la desesperación, y hayan muerto, el almirante sobre todo. Sus enfermedades, sus disgustos, las murmuraciones de que es objeto, las amenazas que á todas horas prefieren contra él los que están á su lado, el odio que todos le profesan, han debido acabar con él.

— ¡Ah! — Si fuera eso cierto, — dijo Ovando, no pudiendo contener la alegría; — si fuera eso cierto, el mundo todo debería darse por satisfecho.

— ¿Luego vos teneis la misma opinión que yo? — dijo Fiesco, jugando el todo por el todo. — ¿Luego

creéis que el almirante ha empeñado á España en una conquista sin fruto, que ha arrastrado á los españoles á una lucha sin gloria?

— Sí, eso creo.

— Un medio teneis, — prosiguió Fiesco, después de una breve pausa, en la que parecia reconcentrarse á obedecer á una idea; — un medio eficacísimo de que no se sepa en España el descubrimiento que hemos hecho nosotros, y por lo tanto de que abandonemos para siempre estos países, en los que cada pedazo de oro cuesta la vida á una docena de españoles.

— ¿Qué medio es ese?

— Desoir los ruegos de Colon, dejarle. Quince dias bastarán para que él se vea allí solo entre un monton de cadáveres.

— ¿Y no decís, — preguntó Ovando, — que esa isla que habeis visitado con el almirante posee en sus entrañas inmensas riquezas?

— Lo que es eso, os lo puedo asegurar por mi fé de cristiano.

— ¿Sabriais vos el derrotero que conduce á ella?

— ¿No he de saberlo?... Soy piloto.

— ¿Teneis ambicion?

— Mucha.

— Supongo que al venir á estos países os ha guiado el deseo del lucro.

— ¿Para que ocultaroslo? Deseo ser rico.

— Y si os ofreciera los medios de serlo, ¿los aceptaríais?

— Según y cómo.

—Os tengo en mi poder. Os habeis descubierto á mi demasiado pronto, y puedo, si quiero, castigaros como á un traidor.

—¡Haced de mí lo que querais! —dijo Fiesco con simulada humildad.

—Deseo perdonaros; pero este perdon es en cambio de un sacrificio que puede redundar en beneficio vuestro.

—Hablad con entera confianza; estoy en vuestro poder, y aunque no lo estuviera, despues de haberos visto daria cualquiera cosa por estar á vuestras órdenes.

—¿Decís que el almirante quedaba muy enfermo cuando os separásteis de él?

—Tan enfermo que casi estoy seguro de que á estas horas habrá muerto.

—En ese caso, ¿podria ser fácil que yo enviase una embarcacion adonde está para informarse de la situacion en que se hallan los náufragos, y que esta nave, bien los hallase vivos, ó bien muertos, siguiese hasta esa isla de que me habeis hablado, para que la visitase y tomase posesion de ella en nombre de los reyes un capitan representante mio?

—Yo me comprometo á guiar esa nave, —dijo Fiesco.

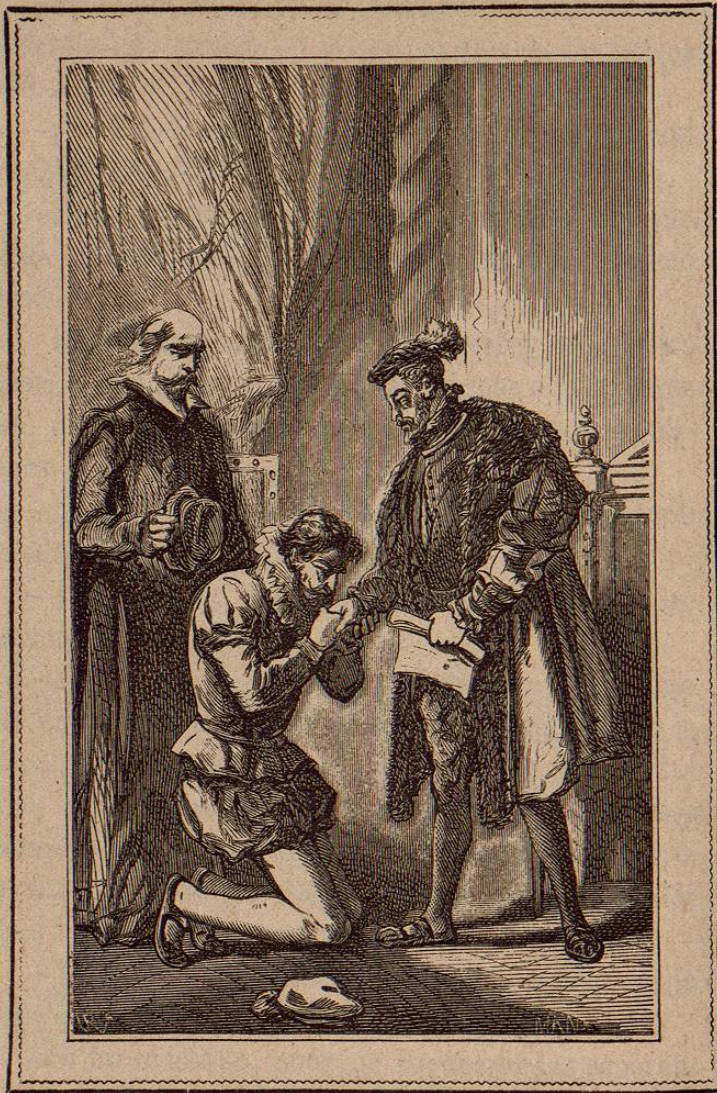
—Si tal hiciérais, podríais recuperar las esperanzas que habeis perdido; podríais obtener una buena parte del oro que la nave trajese si erais leal, ó pagar con la vida vuestra deslealtad.

—Os he dicho que soy ambicioso: disponed de mí;



CRISTÓBAL COLÓN.—L'embrasement de la nef de Fiesco.

1623



CRISTÓBAL COLON.—Levantaos y marchad á descansar,

pero os prevengo que cualquiera que sea la determinacion que tomeis, enviéis cuanto antes un buque para saber de cierto si mis sospechas se han realizado, si el almirante ha dejado de existir.

—Muy pronto saldrá una carabela, y vos ireis en ella.

Fiesco tuvo que hacer un gran esfuerzo para ocultar la alegría que aquella resolucion infundia en su alma.

Y á fin de no malograr el éxito que habia alcanzado:

—Yo deseo que tengais completa confianza en mí—le dijo;—y para ello estoy resuelto, si quereis, á quedarme en vuestro poder y á dar todas las instrucciones al piloto que designeis para que pueda emprender el viaje en seguida. Me basta que me asegureis algunos beneficios en esa expedicion.

—No,—dijo Ovando,—quiero que vos seais quien dirija la nave, porque de todos modos os tengo en mí poder.

—Gracias,—dijo Fiesco,—al mismo tiempo que hincaba una rodilla y besaba la mano de Ovando, con objeto de engañarle mejor.

—Levantaos, y marchad á descansar,—dijo el gobernador de la colonia.

Ovando no podia vivir bajo la presion de la duda. Deseaba vivamente que Colon sucumbiera.

Habia soñado en la gloria, en el lucro que podía adquirir presentándose como descubridor de aquella isla tan rica, de que tanto se hablaba, y para salir de

aquella incertidumbre penosa, para sofocar los remordimientos de su alma con los goces de la codicia, resolvió inmediatamente disponer una nave para que fuese á las costas de la Jamáica, las explorase, averiguase la situacion de los náufragos y volviese inmediatamente á darle cuenta del estado en que se hallaban, para obrar en consecuencia.

En breves dias estuvo una carabela en disposicion de darse al mar.

En todo este tiempo logró Bartolomé Fiesco captarse la confianza de Ovando.

Un incidente vino á destruir su obra.

## Capítulo LXII.

Donde el diablo tira de la manta.

Una de las primeras cosas que hizo Ovando, fué llamar á Diego Escobar, capitan de uno de los buques recién llegados de la Península, que, como recordarán nuestros lectores, fué el que sirvió de intermediario á los rebeldes capitaneados por Roldan para reconciliarlos con Colon.

Era un hombre de carácter dócil. Los enemigos del almirante habian logrado llevarle á su partido, y tanto por esta circunstancia, como por ser uno de los marinos más diestros é inteligentes, creyó Ovando que nadie mejor que él podia desempeñar la delicada mision que necesitaba confiarle.

Tenia que comprar á un hombre más; pero ¿qué le importaba si conseguia á un tiempo dos señalados